
CAPITULO LXXVIII.

LA GUERRA COMENTADA EN EL HOGAR.

Guardo en mis memorias del destierro, escrita al día siguiente de sucedida, el 12 de Setiembre de 1868, larga conversacion entre una aristocrática familia imperialista y yo, que trascribo, pues da idea del estado de Francia á la sazón y explica los preliminares del gran movimiento republicano.

Dice así la letra:

«Yo creo que la cuestion para el mundo más interesante hoy es si habrá paz ó habrá guerra. Nos interesa por humanidad porque va en esa cuestion comprometida la existencia de millares de seres humanos, de semejantes nuestros. Nos interesa por derecho, porque no llegaremos á la política de la libertad y del trabajo si no renunciamos á la política de la guerra y de la conquista. Nos interesa económicamente, porque todos los valores europeos decaen durante esta larga incertidumbre y todos pueden zozobrar en el día próximo de una catástrofe.

Así es que la guerra va siendo la preocupacion universal. Vais al teatro, y á lo mejor, vuestro vecino os interrumpe con las fórmu-

las sacramentales de la educacion francesa: perdon, señor, ¿pero V. cree que tendremos guerra? Os paseais por el boulevard y oís un rentista que dice á su agente: vended, vended, he leído *El Pays* y no me cabe duda, tendremos guerra. Acudís á una tertulia, á donde se celebran en la estacion presente las grandes tertulias, al campo. En vano todo respira tranquilidad. En vano el rumor del bosque y el eco de la esquila del ganado os inspiran ideas bucólicas y os convidan á creer en la égloga de la paz perpetua.

Yo bajaba, hace pocos dias, á la puerta de una de las quintas donde descansan hoy de los placeres del invierno dos de las primeras familias de Europa, cuyos nombres no puedo entregar á las indiscreciones de la publicidad. Ninguna de ellas participa de mis ideas políticas; pero ambas me distinguen con igual amistad. Al través de una dorada reja, cubierta de enredaderas, se oía sonar melancólicamente un piano. Tocábalo con tristeza una hermosa jóven, rubia, de diez y seis años, cuyo casamiento debia haberse celebrado este oto-

ño, y se ha remitido para despues de la guerra. Una señora mayor, muy avezada á la política, leia, de pié en la escalera de mármol, que da á la alameda de entrada, un periódico. Estaba tan absorta, que á pesar de haber salido para aguardar á su huésped, no echó de ver mi llegada, precedida de un campanillazo y de dos ó tres golpes de impaciencia sobre la verja, sin contar con el ruido del carruaje. Al llegar creí sorprender una lágrima en sus ojos.

—¿Qué os sucede?

—¿Qué quereis? Los que nos sucede hoy á todos. La guerra.....

—¡Bah! Estoy por desterrarme de Francia para no oír hablar siempre de lo mismo. El Emperador ha dado mil promesas pacíficas.

—No sea V. niño. ¿Conoce V. esa firma? dijo mi interlocutora, sacando una carta del bolsillo.

—Conozco vuestras relaciones de parentesco con la persona que firma; pero la firma no.

—Esa carta es un documento histórico, que acabo de traer como prueba en una discusión. Es una seguridad de paz dada el año cincuenta y nueve en el seno de la confianza á un pariente que tenia pedazos de su corazón en uno y otro bando. Pero los hombres proponen y Dios dispone. A los diez días estallaba la guerra. El jefe de un estado no empeña siempre la guerra por su voluntad; le obligan. Y vereis cómo se repite el cuento de año, vereis cómo tenemos guerra.

Ya iba la señora, con su movilidad italiana, á cambiar de conversacion, cuando sale uno de sus sobrinos, jóven militar de graduacion, que viene corriendo á darme la bienvenida, y que oye las últimas palabras de nuestro diálogo.

—Sí, tendremos guerra, exclama con viveza. El partido militar la quiere y la obtendrá; porque el partido militar con las tradiciones guerreras del primer Imperio ha rehecho el segundo para la guerra, es decir, para la gloria. ¿Quereis hacer de un Napoleon un Luis Felipe? Eso es imposible. Concibo

que las señoras lloren y se aflijan; es su destino. Pero no comprendo eso en los hombres; no comprendo eso en los publicistas, en los oradores, sino por su espíritu de ciega oposicion. Si hubiérais visto, como yo, al Emperador en el campamento de Chalons, no daríais de la guerra. Desde el caldo económico hasta los cañones y la calidad de la pólvora, todo, absolutamente todo, lo examinaba con detencion, como convencido del uso que habrá de hacer pronto, muy pronto, de todo ello. El dia último no pudo caber duda alguna. Cuando los regimientos pasaban delante de su caballo de guerra decian á una: ¡al Rhin, al Rhin! S. M. ha envejecido mucho en poco tiempo, sin duda por los esfuerzos empleados para reprimirse y no lavar en el acto la afrenta inferida á Francia por Bismark, negándose á darnos lo que nos tenia solemnemente prometido. Pero véiase que al eco de aquellos gritos guerreros se reanimaba su semblante. Es verdad que, concluida la revista, hubo de acostarse un poco asaltado de fuerte jaqueca, no extraña por el calor infernal, el polvo espeso y el cansancio. Pero, al despedirse, todos pudimos leer en su rostro las disposiciones guerreras. No faltó alguno de sus allegados á decirnos: S. M. está satisfecho del ensayo y os emplaza para la primera representacion.

—Muy bien, dije yo, pero no veo la razon de la guerra. Segun eso, debieron declarar Inglaterra y Prusia la guerra á Francia, cuando se anexionó á Saboya. Segun eso justificais el que no pueda tratarse de una simple union aduanera entre Bélgica y el Imperio, sin que se pongan en movimiento los ejércitos del mundo. Dejad á Alemania gobernarse como le plazca.

—Pero no con detrimento de la grandeza de Francia, me replicó. Desde que elegimos un Imperio, declaramos que no dejaríamos descansar á Europa hasta que nos devolviese nuestras fronteras naturales.

—Que habeis perdido, dije yo, por el afán de

meteros con todo el mundo. La Francia no puede crecer materialmente, está rodeada de pueblos libres que no quieren ser franceses, sino independientes. ¿Creeis que un belga, un suizo, un alemán del Mediodía cambia su pequeña nacionalidad, donde tiene lugar seguro, prensa libre, derecho de asociacion completa, libertad religiosa, absoluta libertad intelectual, por vuestro grande Imperio? Francia puede crecer mucho moralmente, porque es el corazón donde refluye toda la sangre de Europa. Mas para crecer moralmente, necesita la condicion primera de toda grandeza moral, necesita la libertad.

—¿Aun estais ahí despues de tantos estudios prácticos sobre nuestra Francia? Habeis vivido en medio de nosotros y nos creeis capaces de ejercer la libertad. Recorred nuestras campiñas. Cuando no llueve le piden agua al Emperador. Hablad con nuestros comerciantes. Cuando no ganan se vuelven al Imperio á reclamar la tasa. Vuestros amigos de la extrema izquierda han votado las penas corporales para los escritores, y no se han atrevido á sostener la abolicion de los privilegios de imprimir.

—Eso es muy exagerado, muy exagerado, sobre todo por lo que respecta á mis ilustres amigos. Pero si fuese verdad, si os creyese incapaz de la libertad, os tendria por el último pueblo del mundo, y yo admiro mucho á Francia.

—Notad, exclamó la señora terciando en la conversacion, que hemos perdido hace tiempo toda gravedad. Nos reimos de todo y hasta de nosotros mismos. Es un mal incurable. Hemos querido erigir en religion la duda. Y la duda, que puede ser una crisis saludable en la sociedad por algunos momentos, como enfermedad transitoria, como principio de renovacion, no puede erigirse en sistema sin quebrantar las fuerzas de las naciones. El estado moral de Francia es el siguiente: París, una ciudad volteriana, rodeada de una nacion supersticiosa. Como nuestros filósofos no han

sabido darnos nada para llenar la ausencia de la fé, nos hemos vuelto al antiguo régimen moral.

—Eso nos llevaria muy lejos, señora dije yo, muy lejos, distrayéndonos de la cuestion principal. Esa corriente de dudas arriba, y esa otra corriente de supersticiones abajo, se curarian, como se curaron en Inglaterra, con la libertad, sí, con la libertad, la cual, por una ley necesaria, sustituye los vínculos materiales que rompe con fuertes vínculos morales que crea. ¿Cuáles son los tres pueblos más libres del mundo? Los Estados-Unidos, Inglaterra y Suiza. Pues son los tres pueblos más religiosos. Si un dia el Emperador escribiera una de aquellas proclamas de Lincoln, llenas de misticismo, le tomarian por loco. Si otro dia el Cuerpo Legislativo decretase un ayuno general en toda Francia, como lo decretan los Consejos federales de Suiza, en vez de aquel recogimiento sublime, se veria un pueblo muerto de risa y una Asamblea muerta de ridículo. Pero es porque esclavos nosotros, nos entretenemos con juegos y cascabeles, con las niñerías propias de los pueblos en tutela; y libres ellos, abren su alma á viriles pensamientos. Mas no hagamos de una cuestion militar una cuestion religiosa.

—¿Como no? me dijo entonces el militar, acabais de poner el dedo en la llaga, amigo mio, en la misma llaga. Prescindamos de Francia. Yo convengo, con mi cara tia, en que mientras París se sumerge en el materialismo, Francia se dirige cada dia más de prisa hácia el catolicismo. Las cátedras donde se predica que no hay Dios ó se propone al hombre el culto de la humanidad, se hallan cercadas por una muralla de conventos, de cofradías, de Iglesias, de procesiones. Mas París vale por sí solo toda la Francia, más que la Francia. El Imperio lo tiene por enemigo irreconciliable. Pero como el Imperio es la centralizacion, y la centralizacion es París, no ha podido destruir el poder de la ciudad; antes lo ha agrandado. París lo usa; en las elecciones

primero, votando contra el Imperio; en la prensa luego, escribiendo periódicos incendiarios; murmurando en sistemática oposición; metiendo ruido, si el príncipe imperial va á la Sorbona, y callando con amenazador silencio si el Emperador nos pasa una revista. Pero ¡ay del día en que se atreva á mayores! El Imperio no se irá como se fueron Carlos X y Luis Felipe, vencidos por quinientos vociferadores á lo sumo.

—Volveis á sacar, dije yo, la conversacion de su cáuce. Perdeis los estribos todos los imperialistas en cuanto recordais que París es una ciudad republicana. Dejémonos de calcular lo porvenir para conocer lo presente. Deciais.....

—Que París no puede tener libertad porque siempre es de oposicion. Que París no puede tener fé porque los huesos de Voltaire han salido del panteon, pero la médula ha quedado en la conciencia de la ciudad. Es necesario darle gloria.

—¿La conoceis superior á la gloria de ser libre, á la gloria de fundar con su ejemplo la democracia en el mundo?

—¡Dále! Pero esa gloria no puede alcanzarse sino derribando el gobierno actual, porque París tiene vuestra misma locura, la locura de creer que sólo por la República es posible la libertad.

Suprimo aquí el elogio que yo hice de lo que el otro llamaba mi locura, y voy al grano.

—Esta alma inquieta de París, continuaba el militar, no puede vivir sin pasto, sin mucho pasto. Rumió durante cinco años la guerra de Crimea. Durante otros cinco años rumió la guerra de Italia, la gloria de haber emancipado al pueblo de los pinceles y de los orgánicos. Le prepararon luego la guerra de Méjico, la reconquista de América por la raza latina. Pero este fué un golpe en vago. Le teníamos preparada la anexión de los Principados rhinianos, con la cual volvía á traer á la patria el segundo Imperio, lo que el primero había perdido. Pero Bismark no tuvo palabra.

Cuando vió esto Drouyn de Lhuys, á la sazón ministro de Negocios Extranjeros, propulos inmediatamente la guerra. El Emperador aceptó la idea, y hasta encargó al Ministro que redactara un manifiesto para notificarla á toda Europa. Los demás Ministros convinieron en la necesidad de la guerra. El de Negocios Extranjeros pasó la noche redactando la nota. Al ir á las Tullerías al día siguiente, se encontró al Emperador abatido, que le dijo: Imposible vuestro plan, ni tenemos bastante ejército ni bastante dinero. El ministro presentó su dimision. Desde entonces ha consagrado el Imperio todas sus fuerzas á reorganizar militarmente Francia, y ya estamos preparados. ¿Creeis que nuestros dos millones de fusiles van á permanecer mudos? Puesto que es necesario dar algo á la inquietud del pueblo francés, démosle el humo de la gloria.

—Eso es; habeis descubierto, dije yo exaltadamente, en vuestro último razonamiento la filosofía de la guerra. La extension de Francia os importa poco; Francia es bastante grande. Su predominio en el mundo os importa ménos. Acostumbrados á las glorias de la fuerza material, apenas comprendéis las glorias de la fuerza moral. Lo que importa es conservar la autoridad del Imperio, por ser la autoridad del soldado. Lo que importa es erigir el sable en el jefe de la sociedad. El único enemigo es el pueblo de París. Pero al pueblo de París se le distrae con el ruido del cañon y se le debilita con sangrías sueltas. La guerra es un grande espectáculo. Luego vuelven los soldados vencedores y hay días de entusiasmo. Los puentes reciben nombres de batallas. El arco de triunfo se engalana con nuevas retumbantes victorias. Los coronas de siempre vivas se entrelazan á esa Columna Vendome que fabricásteis con cañones, y deberiais haber fabricado con cráneos. Y así burlais á la libertad, que está ahí, inmortal como el espíritu, severa como la conciencia, inflexible como las leyes de la naturale-

za, implacable como la justicia, aguardando su hora que nadie puede evitar, que nadie puede detener, porque su hora es la eternidad. Y queda demostrado que el cesarismo moderno es como el cesarismo antiguo, una orgía de sangre. Sólo que las fiestas del circo se han sustituido con guerras, y los gladiadores con ejércitos.

—Si creéis que voy á interrumpiros, á pesar de herir todas mis creencias, á fé que os engañais. Me parece que estoy oyendo á toda la revolucion europea; porque todos dicen lo mismo.

—Ya sabeis, añadió dirigiéndose á mí la señora, que no participo de vuestras ideas; cuanto más las estudio, ménos las comprendo. Vais á dar en la tiranía de las clases trabajadoras, que acaban de pedir en su congreso de Bruselas muy claramente el crédito por el Estado, lo cual sería la mayor de las centralizaciones, y la abolicion de la propiedad de la tierra, lo cual sería el mayor de los retrocesos. Y para corolario, demandan que se disuelvan los Congresos de sábios, á fin de que sólo se oiga en el mundo la voz de los jornaleros. Pero vuestro juicio sobre el cesarismo me parece exacto. Sólo que, en vez de caer la responsabilidad sobre el dictador, cae sobre los que han erigido la dictadura con sus complacencias serviles, y sobre los que las han justificado con sus excesos.

—Permitidme, señora. Nadie más enemigo que yo de las utopias comunistas. Las he combatido siempre. Pero nadie se extraña ménos que yo de las pretensiones erróneas y exageradas de los trabajadores. El mundo no está socialmente bien. Es necesario reformarlo. Cada reforma tiene un ideal que se expresa absolutamente. Cada clase tiene un derecho que se plantea con violencia. Los trabajadores padecen el error de todas las clases. Creen que les será posible constituir una sociedad privilegiada para ellos. No saben que, siendo ellos el mayor número, sus soñados privilegios se convertirán en el derecho

comun. Por consiguiente no me asustan. Acabais de oír á los militares, pidiendo privilegios á costa de la muerte que siembran, y os maravilla que los trabajadores pidan derechos á título de la vida que hermocean y prolongan.

—Yo he dicho, exclamó el militar, que la guerra es una necesidad de política interior; pero añado ahora, impuesta por los gobiernos extranjeros. Aquí tengo un telégrama de Prusia. Ahora llega vivo, como para responderos. Parece que el correo nos estaba oyendo y ha traído el periódico para darme en razon lo que me falta en elocuencia. Mirad ese viejo chocho de rey de Prusia, ébrio con el mosto de su victoria de Sadowah. Todo el estío lo ha empleado en paseos militares, en revistas, en examinar las fortificaciones, en conspirar con sus tenientes, los reyezuelos del Mediodía, contra Francia, y en asegurarse al generalísimo de su retaguardia, al Czar de todas las Rusias. Ahora dice lo siguiente, lo que voy á leeros, contestando al Rector de no sé qué Universidad, al Rector de Kiel, que, por encargo suyo, le habrá hablado de la paz para darle ocasion de amenazarnos con la guerra.

—Parece que conoceis á fondo las mañas de los reyes, le dije yo riendo.

—Lee, lee, añadió la señora con grande impaciencia.

—Leo: «Relativamente á la paz, nadie como yo la desea; porque es una responsabilidad penosísima pronunciar la palabra guerra para un soberano. Y sin embargo, hay circunstancias en que no puede un soberano sustraerse á tamaña responsabilidad. Sabeis bien, por vuestra propia experiencia, que la necesidad de la guerra puede imponerse tanto á un príncipe como á un pueblo. Nosotros mismos debemos á la guerra las ventajas de nuestra actual posicion. Por lo demás, yo no veo en Europa ningun motivo de que la paz se rompa; lo digo para vuestra completa tranquilidad. Pero todavía os tranquilizará más el ver aquí reunidos los representantes de mi